



## *La magia está por todas partes*

**L**os primeros rayos de sol comenzaron a filtrarse tímidamente entre en los huecos abiertos creados por las sinuosas ondas de las cortinas. Algunos pajarillos empezaron a canturrear sus primeros trinos, dando la bienvenida a ese nuevo y esplendoroso día.

Escondida en la oscuridad de la habitación, Joanna dormía plácidamente, protegida por una sabana térmica y una manta lo suficientemente gruesa como para calentarla sin exceder el límite soportado por su cuerpo y hacerla sudar. Abrazada a la almohada del lado vacío de la gran cama que coronaba su habitación, la joven comenzó el tránsito entre el sueño y la realidad que acabaría, minutos después, con su total despertar. En un movimiento instintivo e involuntario, estiró las diferentes partes de su cuerpo tratando de alejar los posibles agarrotamientos producidos por una larga noche de malas posturas.

Cuando parecía que había vuelto a sumirse en un sueño profundo, dio un salto, hizo a un lado la ropa de la cama y se levantó. Luego corrió las cortinas para dejar pasar la luz totalmente y se recogió el pelo para estar más cómoda. Se puso las zapatillas de andar por casa a juego con el pijama de invierno que llevaba puesto y bajó a desayunar.

Era una chica peculiar, sin duda. Llena de contrastes, con un punto de locura que no todos comprendían. Pasaba del letargo más profundo a la actividad más frenética en cuestión de minutos. De ahí esas actitudes un tanto espasmódicas que podían dejar confuso y sorprendido a cualquiera que no la conociera y estuviera acostumbrado.

Bajó las escaleras con paso lento pero seguro, ensimismada en sus pensamientos, tratando de organizar el día lo mejor posible. Recogió el periódico del felpudo. Luego cerró la puerta, recorrió el pequeño pasillo y entró en la cocina.

Había encontrado una casa de dos plantas con jardín en una zona residencial de muy buena calidad. Una vivienda de tamaño moderado a un precio asequible. Tres modestas habitaciones, una bonita cocina y una sala de estar comunicadas entre sí por una puerta y por el pasillo, dos pequeños baños, uno en el piso superior y otro en el inferior, justo debajo de la escalera y un sótano. En realidad, si lo pensaba bien, el alquiler había sido demasiado barato teniendo en cuenta las dimensiones y calidades del inmueble.

Quería pensar que, por una vez en la vida, había tenido suerte. En algún momento debía sonreírle la Diosa Fortuna y empezar a cambiar las cosas.

En un periquete se preparó un rico y sano desayuno: un buen vaso de zumo, unas tostadas con queso y un vaso de leche caliente. Normalmente no desayunaba de esa manera, pero ese día se sentía especial, diferente y se le había antojado cambiar su rutina diaria, empezando por la comida. Algo que pretendía tomar como costumbre pues, de un tiempo a esa parte, había descuidado mucho su alimentación y ahora, ese desorden, comenzaba a pasarle factura en forma de grasa persistente en zonas localizadas, que le hacía la vida imposible al no permitirle ponerse sus *jeans* de siempre, sus vestidos de noche y sus faldas nuevas, ya que toda esa ropa le quedaba demasiado apretada y le hacían lucir un tanto hinchada. Otros habían usado la palabra gorda e incluso se habían permitido la licencia de bromear a su costa, comentando que no eran kilos de más, sino un problema de retención de líquidos. Pero ante aquellas toscas ironías ella siempre respondía con una fina indiferencia.

Dio un buen bocado a la tostada y la masticó con cuidado, saboreando el queso fundido y el crujiente pan que había quedado perfectamente tostado, como en una cafetería profesional. Luego dio un sorbo al zumo de melocotón para bajar aquella masa que amenazaba con atragantarla. Le pareció la bebida más deliciosa que había probado nunca. Luego comenzó a ojear el periódico. Reconocía que, cuando uno se levantaba de buen humor, cualquier detalle podía vivirse de manera intensa.

Estaba disfrutando de aquellos mundanos manjares y de la tranquilidad que le brindaban aquellas solitarias horas vespertinas, cuando una serie de golpes, seguido de un fuerte griterío, rompieron la tranquilidad de la casa.

Hasta ese preciso momento, en el que parecía haber estallado una guerra en el pasillo, se había olvidado por completo de que no vivía sola. Las otras dos habitaciones de la casa estaban ocupadas por dos amigos, cada cual más estrambótico que el anterior: Eros, coloquialmente conocido como Cupido y Joseph, una mitad del zodiaco de piscis.

Todos sus intentos por rehacer su vida lejos de la magia tras renunciar a su legado como Semidiosa Angelical de la Mente y serle arrebatados todos sus poderes psíquicos, habían sido en balde y Joanna no había conseguido ni uno solo de sus propósitos. Pese a la carencia de dones, su energía albergaba un rastro mágico muy poderoso que llamaba la atención de muchos seres sobrenaturales, atrayéndolos hasta ella.

Al mudarse a esa nueva casa, en un barrio distinto, alejado del anterior, había recibido a aquellos dos visitantes. El primero, Joseph, había llegado allí de casualidad pues, queriendo normalidad y vivir su vida rechazando el poder que ostentaba, realizó un hechizo que ocultara su magia. El abstracto y negro sentido del humor del señor cosmos, hizo que llegara a casa de Jo, pues ¿Qué mejor sitio para esconder su energía que en una casa llena de seres mágicos?

Eros por su parte, había llegado hasta allí a propósito y con alevosía. Un encargo de Daniel, el Semidiós Angelical del Amor y antiguo compañero de faena de Jo, quien, preocupado por ella tras su marcha, pidió al dios griego del amor que le echara un cable sentimentalmente. Y así había pactado con Jo, pese a las insistentes negativas de esta, quedarse con ella hasta que encontrara a su amor verdadero y les lanzara sus flechas.

El problema era que, ambos, se estaban acostumbrando demasiado rápido a la vida humana y a veces podían llegar a ser insufribles.

—...y entonces me tomó por detrás y... — contaba Eros a Josh.

—Por favor, estoy desayunando, gracias — Jo puso cara de asco.

—Perdona, no sabíamos que hubieses ingresado en un convento — Eros se burló mientras servía una taza de café.

—Hasta yo reconozco que no es una buena conversación para empezar la mañana — dijo Josh tomando una pieza de fruta fresca

—Pues tú bien que preguntabas — Eros se mostró indignado.

—Porque tengo la mala costumbre de ignorar esa voz de mi mente que me grita que pare y, al mismo tiempo, hacer caso a esa morbosidad sucia que me invade cuando se trata de asuntos humanos — reconoció el zodiaco.

—Un dios adicto al sexo y al café — dijo Jo sin apartar la vista de la tira cómica del periódico — Freud lo fliparía contigo.

—Si, ¿no se supone que es tu madre la Diosa de la Belleza física y la atracción sexual? — preguntó Josh.

—¡Eh! ¡No hables así de mi madre! — se quejó Eros.

—Como te gusta el melodrama — Jo siguió sin inmutarse.

—¿Y qué piensas hacer hoy? — Josh preguntó al Cupido.

—Unir parejas ¿Qué sino? — dijo este sonriendo.

—¿Ir a cafeinómanos anónimos? — propuso Jo. — No sé, digo yo...

—Qué lástima que no tengas ni pizca de gracia — dijo Eros — podrías haber sido humorista.

—No me des ideas — comentó enarcando una ceja.

—Bueno, y tú ¿qué piensas hacer? — Eros cambió de tema e ignoró a Jo.

—Pues deambular, supongo. Aunque me quedan libros que leer y mucha información por mirar en internet — dijo Josh un poco inexpresivo.

—¿A él no le dices nada? Es adicto a internet — Eros se dirigió a Jo.

—¿Y quién no lo es? Además, está tratando de aprender todo lo que pueda sobre el nuevo mundo en el que vive. Creo que es la actitud más sensata que visto en mucho tiempo — dijo ella.

—¿Y lo de las frutas y verduras? Comer tantas cosas verdes no puede ser bueno — Eros puso cara de “a ver qué respondes a eso”

—Es comida sana, al menos no le subirá la tensión ni le creará una adicción irreparable — Jo devolvió el golpe con soltura.

—Hasta lo he visto comiendo papeles — dijo Eros usando su última carta.

—¡Eso es mentira! — dijo Josh nervioso y enfadado.

—Josh, cariño, lo de devorar la información era en un sentido figurado — respondió con tono amable.

—Eros se ha metido en la boca cosas peores — dijo Josh para cambiar el foco de atención.

—En eso tiene razón — Jo tuvo que morderse en la parte inferior interna de su mejilla para reprimir sonora carcajada.

Eros quiso contestar a ese comentario, en parte gracioso y en parte acusador, pero no fue capaz. Solo pudo entornar los ojos, emitir algunos sonidos de protesta y marcharse por donde había venido. Esa batalla la había perdido.

Jo estaba más que acostumbrada, después de un par de meses, a los comentarios mordaces y sarcásticos de sus amigos. Eran parte de su encanto y de esa forma de ser tan peculiar que poseían. A veces sacaban lo peor de ella, pero, normalmente, podía controlarlos e incluso devolver sus “ataques”, dándoles una lección y recordándoles el orden jerárquico de aquella casa, pues, al fin y al cabo, vivían de ella. Si lo pensaba fríamente, era imposible que ninguno de ellos consiguiera un trabajo y aportara dinero, pues eran seres fantásticos que apenas conocían el mundo humano o al menos, como desempeñar alguna función en él que no fuera la establecida por su magia natural.

Tras terminar la taza y colocarla en el fregadero, Josh se despidió y se fue a seguir informándose.

Jo volvió a la tranquilidad de su mundo imaginario perfecto. Un lugar paralelo donde vivía sola y era multimillonaria. Se hallaba leyendo unos artículos de opinión cuando sintió una extraña presencia. Bajó el periódico y tuvo que hacer un ingente esfuerzo por no emitir un grito, debido al susto. Su amiga y vecina Ángela estaba frente a ella, demasiado cerca para su gusto, observándola con aquellos ojos marrones y vivarachos que siempre parecían tramar alguna locura.

—¡Joder! Angy, te he dicho mil veces que avises antes de entrar — dijo Jo llevándose la mano al corazón.

—Lo siento — dijo Angy avergonzada. — Es que se me olvida.

—Y tus olvidos van a provocarme un infarto, cualquier día — dijo Jo algo más serena.

—A estas alturas deberías estar acostumbrada — Angy se sirvió una taza de café.

—Me habitué a tenerte siempre por aquí, rondando. Pero no a lo sigilosa que puedes llegar a ser cuando entras y sales — explicó Jo. — Nunca sé dónde, ni cuando vas a aparecer.

—Hablando se sigilo ¿Dónde está Ébano? — preguntó Angy.

—Seguro que urdiendo un maligno plan para acabar con mi vida — dijo Jo con resignación.

La joven Angy hablaba del gato negro de Jo. Un felino que había encontrado rebuscando en los cubos de la basura a los pocos días de haberse mudado, cuando todavía albergaba una ínfima y absurda esperanza de poder llevar una vida normal. Tras limpiarlo, desparasitarlo y darle de comer, el animal no volvió a marcharse y se quedó con ella. A veces salía durante unas horas, pero siempre volvía, brillante e impoluto, mostrando su collar azul con su placa identificativa. Seguramente saldría a cazar ratones o a cortejar gatas en celo. Aunque Jo estaba segura que aquel astuto minino hacía algo más que eso cuando salía. Nadie la creía cuando sacaba el tema, pero tenía la certeza de que aquel gato, en apariencia adorable y vulnerable, tenía una inteligencia superior a la de cualquier animal, rozando casi lo humano y que, sin saber porque, se la tenía jurada. Por eso creía

que su mascota, en esos ratos en que desaparecía, se dedicaba a urdir infalibles planes para arruinarle la vida.

A Angy, sin embargo, le parecía el animal más bonito y bueno del mundo. Y a Ébano, nombre que había puesto Jo al felino en honor al oscuro color de su corto pelaje, le encantaba la joven Angy. En el fondo no le extrañaba que entre ambos hubiese surgido esa relación tan mística, debido a la naturaleza mágica de la joven, que apuntaba maneras en el arte de la brujería. Aunque aún era una principiante y su magia solía descontrolarse a menudo, era lógico e inevitable que entre ella y Ébano hubiese algún tipo de atracción. Al fin y al cabo, las brujas y los gatos siempre han estado ligados, sobre todo las brujas nóveles, quienes necesitan un espíritu familiar, representado en forma de gato o a veces de otro animal, que las guíe y cuide. Lo que Jo no entendía era que, si Ébano era el espíritu familiar de Angy, porque había aparecido en su casa y se negaba a marcharse. Lo lógico hubiese sido que, tras la llegada de la joven a la casa, el gato se hubiese ido con ella a la suya, situada justo enfrente. Aunque pasaban tanto tiempo en casa de Jo que era casi lo mismo que Ébano viviera en cualquiera de las dos residencias. De hecho, tenía más posibilidades de encontrar a la bruja en casa de Jo que en la suya propia.

Ángela había hecho su aparición pocos días después de que Jo se instalara. Ya se habían visto alguna vez desde lejos, cada una en su portal, pero nada más. Hasta que un buen día la joven rubia apareció con una bandeja llena de galletas y un pequeño regalo para darle la bienvenida al barrio. Halagada Jo tomó los obsequios con sumo gusto, pensando que Angy sería la primera de una larga lista de amigas humanas y no mágicas que haría en la zona, pero cuando tomó la cajita verde con el lazo blanco y sacó el pequeño y rústico colgante que había dentro, este brilló intensamente. Ahí fue cuando Jo descubrió que Angy era una bruja y Angy confirmó que Jo era ese poder mágico que le vaticinaban sus cartas de tarot desde hacía semanas. Una rara relación que se vio fortificada por su conexión con la magia.

Era la primera bruja que conocía, a excepción de las tres moiras dueñas del anticuario de su antigua ciudad, pero ese trio de locas no eran precisamente brujas.

Después de varios meses, ya eran muy amigas y las habilidades mágicas de la joven bruja eran de mucha utilidad. Siempre y cuando no sobrepasaran el nivel de magia que manejaba. Entonces podía ser una catástrofe.

—Bueno — Jo recogió la loza que había ensuciado — si ves a misifú le dices que se porte bien.

—¿Te vas? — preguntó Angy.

—Sí. Tengo entrada para una exposición sobre arte egipcio que incluye una parte sobre la mitología — dijo Jo entusiasmada.

—¿Por qué no me has dicho nada? — Angy puso una mirada triste.

—Os quiero mucho, a todos, de verdad que sí. Pero hoy es un día para mí, solita, sin seres mágicos que vuelvan loca — explicó ella con tono dulce.

—¿Y para evitar seres mágicos te vas a una charla de mitología? — Ángela levantó una ceja.

—Es una exposición. Y sí. Estoy tan obsesionada con la mitología griega que se me olvida que hay otras culturas en el mundo — dijo ella saliendo de la cocina — volveré pronto.

Sin dar tiempo a más preguntas, reproches, sugerencias y, menos aún, posibilidades de que la acompañaran, Jo se vistió rápidamente, luego cogió su bolso, las llaves de su pequeño coche y salió de casa. Recorrió el camino de cemento hasta la acera y se montó en el vehículo. Hacía semanas que había comprado aquella entrada y estaba realmente entusiasmada con el plan.

Iba a emplear esas horas muertas de su excesivo tiempo libre en hacer dos cosas que le gustaban: aprender sobre mitología y escapar de la locura de aquella casa.

La exposición se celebraba en una amplia zona del museo, acondicionada para albergar esa colección de arte egipcio dedicado a los mitos, algunas momias y cultos faraónicos. Una cita a la que había acudido bastante gente a juzgar por congregación de coches estacionados en el *parking*. Tras varias vueltas, encontró un hueco libre. Aparcó con cuidado, cerró el vehículo con la alarma antirrobo y puso rumbo al edificio principal. Rodeó su lateral derecho, dobló la esquina y tras subir la escalinata, accedió al interior del museo por la puerta principal.

Una nube de murmullos y bisbiseos la envolvió por completo saturando sus sentidos. Además del tumulto de personas atraídas por aquella exposición en particular, también había un gran número de visitantes recorriendo el resto de salas y áreas, dedicadas a otros tipos de culturas y arte.

Una vez, siendo adolescente, había visitado la galería de las esculturas y la sala de cuadros del renacimiento con su clase de arte del instituto, en una excursión financiada por el centro que su afable profesora había definido como “ejercicios practico de la asignatura”, y no le faltaba razón, pues no podía imaginar nada más práctico que ver las obras de las que tanto hablaban y analizaban en primera persona para captar de cerca hasta la más pequeña pincelada.

Esta exposición, sin embargo, era guiada. Un amable y joven muchacho llevaba a la muchedumbre por las diferentes paradas del recorrido explicando las obras, resumiendo un poco la época a la que pertenecían, quien era su autor y citando curiosidades y algún que otro chascarrillo. Un joven y macizo guía que, cuanto más hablaba de arte egipcio, más despertaban el deseo interno de Jo, quien llegado a un punto comenzó a olvidarse de las obras de arte y a centrarse en pensamientos obscenos y sexuales en los que retozaba con aquel experto en temas egipcios entre los papiros y las esculturas de los faraones.

Con un gran esfuerzo sacó esas fantasías de su mente para centrarse en aprender, que para algo había pagado la entrada.

La primera parada fue frente a sección de fotografías. Allí, aquella sexy ratita de biblioteca, habló, a grandes rasgos, de la sociedad egipcia, sus costumbres, la evolución del arte hasta la actualidad y enseñó los tres emblemas, por excelencia de esa cultura mesopotámica: la pirámide, la esfinge y el escarabajo con varias fotos y una replicas.

Un bello escarabajo de oro sujetando un rubí y una maqueta idéntica de las Pirámides de Gizeth y de la, ya conocida, esfinge sin nariz. Todo protegido por una vidriera, por supuesto, no fuera que algún visitante curioso estropeará alguna pieza por no saber controlar sus manos.

La siguiente sala estaba llena de urnas con múltiples momias. Cuerpo de criados y gente un tanto importante de aquella época, que si podían exponer temporalmente en aquel museo de una ciudad modesta y olvidada. Pese a todo, eran buenos y bellos ejemplares que no solo estaban haciendo las delicias de los curiosos, también servía, a grandes rasgos, para el propósito del museo, que era representar los rituales de momificación e ilustrar lo que alguno solo había visto en la televisión y no se terminaba de creer.

Comentó el nombre, la profesión y el año aproximado de embalsamamiento de las diez momias allí mostradas, usando como referencia el sitio en el que habían sido encontradas, el tipo de tumba y altar y los pertinentes análisis biológicos y químicos que demostraban el sexo y demás.

La tercera y última parte eran diferentes obras de artes relacionadas con la mitología egipcia. Pergaminos ilustrados con las diferentes fases del ritual de renacimiento de Ra, el Gran Dios del sol y el cielo. Vasijas de barro con la cabeza de sus cuatro hijos. Una pequeña escultura de Anubis, Dios de los muertos, luciendo su imponente y brillante mascara de chacal y mucha información sobre su intervención en los primeros procesos de embalsamamiento. Varias pinturas de Seth dios del caos y la sequía, otra mostraba la dualidad entre Sekhmet y Hathor, explicando su cambio y sus significados y otras tantas imágenes de varios dioses más.

Y presidiendo la sala, justo en el centro, como si lo coordinase todos desde su privilegiada posición, una gran estatua de la bella Diosa Bastet. Y no le sorprendió que estuviera en aquel lugar, en el centro de todas las miradas, llenando de paz y tranquilidad al que se acercaba, consiguiendo que los demás elementos de la sala estuvieran en armonía, pues ese era su poder. Bast era la diosa egipcia del hogar, la felicidad y la armonía, por eso aquella parte de la exposición era distinta, como si irradiara un poder especial emitido por la misma diosa en agradecimiento al protagonismo y la importancia concedida a su deidad. Una gran escultura de una esbelta mujer de piel tostada, con un peplo blanco con detalles dorados y azul eléctrico en los hombros y la cintura y, cómo no, una bella cabeza de gato negra. Solo por el mero placer de haber podido ver aquella obra de arte, había merecido la pena pagar la entrada y haber visto el resto de la exposición.

En esa sección los visitantes no tenían que seguir al atractivo y carismático guía. Podían deambular libres, observando lo allí expuesto, conociendo al resto del grupo o leyendo las inscripciones y leyendas que acompañaban a cada pieza. Jo pensaba dar una vuelta más para volver a ojear toda la colección y luego se marcharía a casa.

Al terminar la ronda y justo cuando Jo iba a dar por terminada su visita, el guía se acercó a ella, a los pies de Bast.

—Preciosa ¿verdad? — preguntó él.

—Mucho más que eso — dijo Jo.

—Cierto — él soltó una carcajada — me llamo David ¿y tú?

—Joanna — respondió con una sonrisa — me ha gustado mucho como has comentado las ilustraciones. Sabes muchísimo sobre Egipto.

—Siempre ha sido mi gran pasión. Una pasión inútil que solo me ha valido un puesto en un museo y que la gente suela mirarme con cara rara — dijo David.

—Te entiendo. La mayoría se conforma con una explicación corta y una imagen superficial sobre las culturas antiguas, su arte y su mitología — se lamentó Jo.

—¿Eres historiadora o algo parecido? — preguntó él con curiosidad.

—Para nada. Intento frustrado de Psicóloga — dijo ella riendo — pero adoro la mitología, en especial la griega. Ya me han puesto esa cara a la que te referías en varias ocasiones.

—Griega ¿eh? ¿Y qué haces en esta exposición? — preguntó David.

—En general me gustan todas las mitologías y no podía dejar pasar esta oportunidad — dijo ella.

Mientras hablaban distendidamente, dos jóvenes saltaron el cordón de seguridad y subieron al pedestal de la diosa Bast. Con un movimiento diestro y en apenas un segundo, usaron un objeto punzante para quitar una de las piedras preciosas que la figura tenía engastadas en el cinturón dorado.

David, que estaba más centrado en Jo que en el resto del grupo, no supo que estaba pasando hasta que una señora rechoncha y con gafas gritó alarmada mientras señalaba a los vándalos que se dirigían a la salida.

—Se llevan la piedra — dijo Jo mientras los perseguía.

—¡Espera! No hace falta que... — David intentó detenerla, pero fue inútil, pues ya había abandonado la sala.

Los persiguió por varias zonas más del edificio, corriendo lo más rápido que podía, esquivando a las personas que paseaban ajenas a todos e intentando no colisionar con ninguna obra de arte, pues no quería causar más daño del que ya habían hecho esos sinvergüenzas.

Pese a no tener poderes, ni nada con lo que defenderse, su cuerpo y su mente habían reaccionado de manera instintiva. Quizás eran resto de la incorruptible moral que había poseído antaño, cuando aún era una semidiosa. Ahora era solo una mortal y no sabía que haría en caso de verse frente a frente con esos ladrones. Lo que si tenía claro era que no los dejaría escapar con la piedra de Bast. Una extraña contradicción de pensamientos que no se paró a analizar en profundidad pues, de haberlo hecho, habría desistido en su intento de hacer justicia.

Los dos hombres abandonaron el museo por una puerta de emergencias que daba a un *parking* lateral casi desierto. No había ninguna salida pues todas las verjas estaban cerradas.

Cuando Jo llegó allí los descubrió intentando escapar escalando por encima de aquella reja metálica. El primero llegó arriba y saltó al otro lado. El segundo no tuvo tanta

suerte pues, cuando creía que lo había conseguido, Jo lo agarró por la sudadera y, tirando de él hacia abajo, lo hizo caer al suelo.

El hombre, que resultó ser bastante más adulto de lo que Jo había supuesto en primera estancia, se incorporó dolorido, haciendo un gran esfuerzo y sorprendido de que una joven tan delgada tuviera tanta fuerza. Luego mostrando una macabra sonrisa que erizo el vello de Joanna, metió la mano en el bolsillo y extrajo el mismo objeto punzante con que habían extraído la joya de la estatua: una navaja. Y de un tamaño considerablemente grande.

Fue entonces cuando Jo se lamentó de no haber hecho caso a su parte sensata y mortal cuando le aconsejó abandonar la persecución y asumir sus limitaciones humanas.

El ladrón se lanzó hacia Jo, intentando clavar el arma en su abdomen, pero ella lo consiguió esquivar dando un paso atrás, aunque tropezó debido al mal estado del asfalto de aquella zona y dio de culo contra el suelo.

Su rival vio en ese desliz su oportunidad y se lanzó a por ella para, al menos, herirla, sino matarla. Pero antes de que del arma atravesara la piel de Jo, una mano fuerte y varonil prensó la muñeca del asaltante impidiéndole realizar cualquier movimiento.

Un joven alto, corpulento, con una gorra y gafas de sol la había salvado. Con otro movimiento, tumbó al maleante apartando de él el puñal. Este asustado ante la fuerza y la rapidez de ese misterioso interventor, huyó saltando la verja y doblando la esquina del callejón.

Joanna se levantó aturdida por lo que acababa de pasar. Se giró para agradecerle a su salvador el haber aparecido en aquel momento tan idóneo. Pero ya no estaba. En su lugar se hallaba la piedra verde que había sido sustraída.

—¡Jo! ¿te encuentras bien? — David y la seguridad del museo llegaron hasta ella.

—Si... eso creo... — dijo ella confusa.

—¿Te han hecho daño? — quiso saber el guía.

—No, al menos físicamente, porque lo que es mi orgullo ha quedado destrozado — dijo ella restando importancia. — Toma.

—¡Has recuperado la piedra! — David estaba gratamente sorprendido.

—Más o menos — dijo ella ahorrándose detalles.

—No tenías que haberte molestado. Intente decirte, antes de que salieras disparada como una energúmena, que la piedra era falsa — contó David.

—¡Que! — exclamó ella avergonzada y más confusa aún.

—No pensarías que en un museo como este tendríamos una verdadera esmeralda ¿verdad? — David arqueó la ceja.

—Pues si... por un segundo lo pensé... — dijo ella tomando asiento en un escalón.

—Todas las joyas son de imitación. De hecho, puedes quedarte esa, tenemos más en el almacén — dijo David.

—¿De verdad? Muchas gracias... lástima que no haya servido de nada... — se lamentó Jo.

—Aun así, te lo agradezco, has sido muy valiente — dijo él — tanto que, si no estás ocupada, me gustaría volver a verte, otro día.

Una aventura desastrosa que, al menos, había traído algo bueno: una cita. Algo que Jo no pensaba rechazar pues no todos los días un chico tan guapo e inteligente le pedía salir.

Las reacciones en casa cuando, al llegar, contó lo que había sucedido, fueron muy variadas. Orgullo e interés y también preocupación y algún que otro reproche bien merecido, por haber puesto su vida en peligro sin necesidad. Solo Josh le pidió que le contara que había visto y aprendido en el museo, algo que agradó a Jo pues, debido al robo, se había olvidado de lo más importante del día: la exposición.

Pese a todo, no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido ¿De dónde había salido aquel hombre? ¿Y cómo había desaparecido de repente? No quería darle demasiadas vueltas porque sabía que, cuando una buscaba las cosquillas al gato se acababa llevando un zarpazo, pero todo eso le olía, no, mejor dicho, le apestaba a magia.

Y hablando de gatos, Ébano entró por la gatera de la puerta trasera y acercándose a las piernas de Jo, frotó cariñosamente su hocico y luego su cuerpo, demostrándole a su manera, afecto.

—¿El gato está siendo cariñoso conmigo? — preguntó Jo perpleja.

—Eso parece, si — dijo Josh riendo. — Otro momento místico.

—Desde luego... — dijo ella mientras sonaba el timbre de la casa. — Al menos es una cosa buena.

—Sin duda — Josh la siguió por el pasillo.

—Lo bueno es que las cosas no pueden ir a peor — dijo abriendo la puerta.

—Cuanto tiempo, hermanita — dijo un joven al otro lado de la puerta con una gran sonrisa.